



## El estudio<sup>1</sup>

*“Nunca descubriremos la verdad si nos contentamos con lo descubierto... Los escritores que nos precedieron no son nuestros señores, sino nuestros guías. La verdad está abierta a todos; aún no ha sido ocupada”* (Guibert de Tournai).

En el escudo de la Orden de Predicadores aparece un lema sublime y ambicioso: VERITAS. El ideal de esa misma Orden ha sido definido repetidas veces como el “ideal de la verdad”. Aún más, los dominicos se han autodenominado unas veces y otras han sido denominados como la “Orden de la verdad”.

Los pensamientos de Guibert de Tournai que encabezan estas páginas nos obligan a ser muy circunspectos en la interpretación y utilización de ese lema, ese ideal, esa denominación. Sería una osadía imperdonable y una presunción incalificable cualquier intento de apropiación de la verdad por parte de los dominicos o de cualquier otro grupo en la iglesia. ¿Qué sentido podría tener una Orden religiosa que no tuviera como lema y como ideal la verdad? ¿Quién puede pretender ser religioso, o cristiano, o simplemente humano, si se coloca fuera del ámbito de ese ideal de búsqueda de la verdad? Fuera de la verdad todo se construye en falso.

Llamar a la Orden de Predicadores la “Orden de la verdad” (*Ordo veritatis*) no es novedad. Así se la llamó desde sus orígenes. Pero esa denominación que se remonta a los orígenes no tuvo entonces el sabor de una presunción arrogante por parte de los dominicos. Antes de que éstos fueran fundados ya existía aquella expresión técnica para denominar a la Orden de Predicadores o de los Doctores, es decir, al orden de los obispos. Desde la época patristica decir “orden de predicadores” equivalía a decir “orden de la verdad”. La Orden fundada por Domingo siguió esta misma tradición y pasó a llamarse “orden de predicadores” u “orden de la verdad”.

Los tiempos han cambiado y la sensibilidad cultural del siglo XX difiere mucho de aquella sensibilidad cultural propia de la época patristica o del siglo XIII. Por eso hoy surgen legítimos celos cuando una Orden religiosa pretende apropiarse y mantener aquella “expresión técnica”. La verdad no es monopolio de nadie. Sin embargo, algún mensaje subliminal debe estar presente en aquella denominación primera de la Orden de Predicadores y en el ideal de la verdad que la ha caracterizado a lo largo de su historia. Y quizá no sea otro que la importancia esencial del estudio en el proyecto dominicano. El estudio, entendido como búsqueda constante de la verdad, es un componente fundamental del proyecto de vida dominicana. Este es el sentido exacto del lema de la verdad, del ideal de la verdad, de la denominación como “orden de la verdad”, reclamados por los dominicos. Es el único sentido válido. “La verdad aún no ha sido ocupada”. Y de esta forma, el ideal de la verdad o el estudio constante de la misma es más un compromiso o un desafío que un simple motivo de orgullo.

Desde esta perspectiva del desafío y el compromiso presentamos las siguientes reflexiones sobre el estudio en la Orden de Predicadores. El desafío queda hoy magnificado ante las crecientes reservas que el hombre contemporáneo experimenta frente al ideal de la verdad. Pero la memoria de los orígenes y el futuro Material de Formación MJD de la misión de la Orden exigen de nosotros permanecer fieles en el estudio, en la búsqueda, en el servicio a la verdad.

**¿Sigue siendo válido el ideal de la verdad?**

<sup>1</sup> Este capítulo fue publicado previamente en la revista *Stodium*, XXX (1990), pp. 3-37, y en el libro *Espiritualidad Dominicana*, de F. MARTÍNEZ DÍEZ, (Ed. Edibesa, Cap. 5), con el nombre *El estudio en la Orden de Predicadores*.



La respuesta afirmativa a este interrogante parece obvia. La verdad es un ideal sublime. Por consiguiente, debe ser un ideal humano siempre válido, aunque, como cualquier ideal, siempre esté por delante de nosotros mismos, más allá de nuestras realizaciones concretas. Por eso los ideales ejercen una influencia ambigua sobre el ser humano: a veces lo estimulan, lo atraen y movilizan sus potencialidades; otras veces lo desmoralizan y paralizan su militancia. Cuanto más sublime es un ideal más patente se hace esta ambigüedad.

Sin embargo, las reservas frente al ideal de la verdad se multiplican en el hombre contemporáneo.

Quizá sea éste uno de los rasgos más destacados de nuestra situación cultural. El hombre contemporáneo no reniega del valor de la verdad. Afirma teóricamente ese valor. Pero sí desconfía cada vez más de la posibilidad de hacerse con la verdad. El ideal de la verdad se le revela como un ideal cada vez más lejano e inasequible. Muchos renuncian en la práctica a la búsqueda de la verdad, por considerarla una causa perdida.

En medio de estas, actitudes, ¿qué significación y relevancia puede tener el estudio?

### ***La saturación de la palabra y el discurso vacío***

El lenguaje es el cauce ordinario de diálogo y comunicación. Es el canal de transmisión y comunicación de la verdad. Por eso, cuando el lenguaje se debilita, peligra también la confianza en el ideal de la verdad, en la posibilidad de alcanzar ese ideal. No estamos hoy lejos de ese debilitamiento del lenguaje.

La abundancia del discurso oral y escrito ha generado en el hombre contemporáneo una fuerte saturación de la palabra. Esta se ha vaciado progresivamente de contenido al quedar desgajada de los hechos y realidades empíricas que la hacen creíble y la legitiman. En el área económica, política, cultural, filosófica, estética, ética, religiosa... se multiplican los discursos vacíos de contenido, que engendran fuertes sospechas sobre la veracidad de los mismos. La abundancia de falsedad en el discurso desemboca en una fuerte reserva frente al ideal de la verdad.

A este fenómeno lingüístico es preciso añadir otro no menos nocivo. Se trata de la sofisticación del lenguaje. En las áreas señaladas el lenguaje resulta ser cada vez menos directo y preciso. Se eufemiza, se sofisticada, se complejiza hasta el punto de convertirse en un bloqueo para la comunicación. Por ese camino se acumula en el lenguaje malentendido sobre malentendido, hasta suscitar en sus usuarios una fuerte desconfianza sobre las posibilidades de comunicación y de un acceso a la verdad a través del lenguaje. La filosofía analítica cuestionó ya de forma radical el sentido de todo lenguaje no verificable empíricamente.

Este cuestionamiento se hace hoy extensivo a otros discursos no considerados por aquel movimiento filosófico, incluido el discurso de la racionalidad científica.

La saturación de la palabra, el vaciamiento del discurso y el desgaste semántico del lenguaje suscitan en nuestros contemporáneos serias reservas frente al ideal de la verdad.

### ***Un ciclo cultural emotivo***

Los sociólogos han observado la alternancia histórica de ciclos culturales "emotivos" y ciclos culturales "ideativos". Aunque la observación resulta parcial, puesto que ambos componentes de la cultura coexisten por lo general, sin embargo algo de verdad hay en esas observaciones. Indudablemente, en algunos ciclos culturales predomina el componente emotivo sobre el componente ideativo o de racionalidad. En otros, por el contrario, el elemento predominante es el ideativo.

Actualmente se realizan notables esfuerzos para definir el ciclo cultural de la **postmodernidad**. No es tarea fácil, dada la resistencia de los postmodernos a ser encasillados en un esquema o sistema racional.

Sin embargo es indudable que el ciclo cultural postmoderno se caracteriza por un fuerte predominio de la emotividad sobre la racionalidad. En él prevalece la emotividad sobre la racionalidad, las sensaciones sobre las ideas, la práctica sobre la teoría.



Resultado de este talante postmoderno es una fuerte reserva frente al ideal de la verdad y una fuerte desconfianza frente a las capacidades de la razón. “A la tiranía de la razón ha sucedido una explosión de la sensibilidad y de la subjetividad. En algunos círculos el ataque contra la razón y la objetividad está alcanzando proporciones de cruzada... Los postmodernos rezuman desengaño. Saben demasiado sobre las miserias de la propia razón para seguir creyendo en ella. La desconfianza se hace todavía mucho mayor frente a los discursos de carácter global... Con la pérdida de confianza en la razón se ha perdido también cualquier esperanza de alcanzar un consenso social. Los hombres modernos creían todavía que la libre confrontación de opiniones conduciría antes o después a un acuerdo en torno a la verdad y la justicia. Los postmodernos ni creen posible alcanzar ese grado de integración social ni tampoco lo desean en absoluto. Una sociedad verdaderamente postmoderna es la constituida por infinitas microcolectividades heterogéneas entre sí. Así pues, renuncian a discutir sus opiniones; viven y dejan vivir”<sup>2</sup>.

A nivel religioso también se puede hablar del predominio de la emotividad en la postmodernidad. La desconfianza frente al racionalismo y la objetividad va acompañada por un anhelo intenso de las experiencias subjetivas fuertes. La religiosidad postmoderna manifiesta una especial predilección por lo místico, lo numinoso, lo gratuito, lo emotivo... Recela del ideal teórico de la verdad y de la dimensión política del mensaje religioso. Representativos de este tipo de religiosidad son los movimientos de corte pentecostal y carismático presentes en las diferentes confesiones cristianas, así como otros grupos y experiencias religiosas y parareligiosas no cristianas.

Todos estos movimientos religiosos se caracterizan generalmente por una fuerte tendencia al fundamentalismo, a la lectura literal de los textos religiosos, que resulta ser una interpretación libre y subjetiva de los mismos. El fundamentalismo bíblico olvida con frecuencia las mediaciones históricas y culturales de la Palabra de Dios. Nada tiene de extraño que tienda a rechazar o desautorizar cualquier esfuerzo racional por comprender la fe, cualquier teología entendida como un intento de comprensión de la fe *-intellectus fidei-*. El problema de fondo es la clásica dialéctica entre el *eros* y el *logos*. Ambos necesitan reconciliarse y armonizarse para abrir camino a la verdad integral, de forma que ni el *eros* se autodestruya ni el *logos* se vacíe de contenido. Pero los aludidos movimientos religiosos renuncian a esa reconciliación y armonización en favor del *eros*. El ideal de la verdad integral queda así encausado.

### **La praxis como criterio último de verdad**

Particularmente a partir de Carlos Marx la epistemología ha ido imponiendo la praxis histórica como un criterio importante de verdad. Con este postulado epistemológico han quedado postergados los criterios de verdad propios del realismo clásico, del racionalismo moderno, del idealismo hegeliano. La relación entre la teoría y la praxis se ha convertido hoy en el núcleo del problema hermenéutico, tanto a nivel filosófico como teológico.

Un ejemplo significativo de esta prioridad de la praxis histórica en el conocimiento teológico y en el método teológico es la teología latinoamericana. Para este movimiento teológico la praxis cristiana no es solamente el punto de partida de la reflexión teológica; es al mismo tiempo un componente esencial del conocimiento y del método teológico. Es el criterio definitivo de la verdad cristiana, cuando se lee y se interpreta debidamente a la luz de la fe o desde la perspectiva de la Palabra de Dios y de la tradición. La praxis histórica de la comunidad cristiana es la mediación obligada de la ortodoxia, de la verdad en el sentido bíblico: una verdad que se hace.

Naturalmente, no se trata en este movimiento teológico de ignorar la importancia de la ortodoxia o el valor de la teoría teológica. Se trata de recuperar y priorizar la praxis como mediación y verificación de la ortodoxia, En todo caso, las consecuencias de esta opción fácilmente degeneran hacia una absolutización de la praxis y un menosprecio del esfuerzo racional por comprender la fe. El ideal teórico de la verdad, o simplemente el ideal de la verdad, se ve enfrentado a las reservas de muchos que no

<sup>2</sup> L. GONZÁLEZ CARVAJAL, *La Postmodernidad*, en: Vida Religiosa, abril 1989, pp. 168-169.



han llegado a comprender la relación dialéctica entre ortodoxia y ortopraxis, entre teoría y praxis, entre la comprensión de la verdad y la práctica de la verdad, particularmente en el campo de la religión.

Las reservas frente al ideal de la verdad crecen cuando el criterio de verdad no es ya la praxis histórica, sino la mera eficacia tecnológica, más allá de cualquier postulado ético. Erich Fromm ha visto aquí el cauce hacia una deshumanización de la sociedad tecnológica". La versión más popularizada de esta mentalidad positivista es el pragmatismo convertido en filosofía de la vida. La preocupación por el ideal de la verdad ya no cuenta; lo que realmente cuenta es lo útil, lo práctico, lo inmediatamente provechoso. Surge así un rechazo espontáneo a cualquier teoría, a cualquier esfuerzo de racionalidad, a cualquier preocupación por el encuentro con la verdad.

### **El desafío de los grandes problemas históricos**

En el mundo contemporáneo se agravan cada vez más las reservas frente al ideal de la verdad.

Preocuparse por elaborar y exponer bellas soluciones teóricas cuando estamos tan urgidos de soluciones prácticas resulta para muchos de nuestros contemporáneos un lujo, una diversión y hasta una burla o un insulto a las víctimas de tantos desmanes históricos. Un teólogo latinoamericano ha llegado a hablar de "cinismo"<sup>3</sup>.

Es indudable la urgencia de soluciones prácticas a problemas históricos muy concretos -y muy dramáticos- que dicen relación directamente a la vida y a la muerte de grandes masas de personas. Todos los problemas relacionados con el hambre y la desnutrición, con la violencia y la guerra, con la explotación y la marginación, con la justicia y los derechos humanos fundamentales... piden a gritos soluciones concretas en las que se juega la supervivencia o la vida humana de millones de personas. La urgencia de estas soluciones explica en buena parte la despreocupación de muchos frente al ideal teórico de la verdad. Primero es la vida, después vienen las teorías filosóficas o teológicas. La lucha por la supervivencia o por los derechos humanos fundamentales pertenece más a los niveles primarios instintivos que a los niveles secundarios racionales.

Sin embargo, aceptando esta prioridad de las soluciones prácticas a los grandes problemas históricos, no conviene olvidar la gran incidencia de las ideologías -llámense teorías económicas o políticas, filosofías, teologías...- en el planteamiento y en la solución de dichos problemas. Cualquier sistema económico, político, religioso... necesita acudir a un aparato o sistema ideológico para legitimarse públicamente, mostrando su real o aparente racionalidad. Así surgen diversas ideologías para legitimar la violencia institucionalizada, o para reclamar los derechos de los oprimidos y de los pobres a la insurrección. Así surgen diversas teorías sociológicas o diversas filosofías políticas para defender al capitalismo "humanizado" y condenar al socialismo inhumano o para defender al socialismo "con rostro humano" y condenar al capitalismo inhumano. El debate ideológico no es ajeno a los problemas históricos aludidos; está presente en el enfoque, interpretación y búsqueda de solución de todos ellos. También la religión y la teología están metidas de lleno en este debate. Es sintomático el interés que suscitan hoy determinados movimientos teológicos entre políticos, economistas, sociólogos ... ajenos a la vocación teológica.

Todo esto quiere decir que la lucha ideológica no es ajena a la lucha histórica ni es indiferente al proceso histórico de los grupos humanos y de los pueblos. El carácter pragmático de nuestro ciclo cultural no debería hacernos olvidar la trascendencia del debate ideológico. Reconocer la urgencia

---

<sup>3</sup> "Si la situación histórica de dependencia y dominación de dos tercios de la humanidad, con sus 30 millones anuales de muertos de hambre y desnutrición, no se convierte en el punto de partida de cualquier teología cristiana hoy, aún en los países ricos y dominadores, la teología no podrá situar y concretizar históricamente sus temas fundamentales. Sus preguntas no serán preguntas reales. Pasarán al lado del hombre real.

Por eso, como observaba un participante en el encuentro de Buenos Aires, es necesario salvar a la teología de su cinismo. Porque realmente frente a los problemas del mundo de hoy muchos escritos de teología se reducen a un cinismo...". H. ASSMAN, *Teología desde la praxis de la liberación...*, p. 40.





de dar soluciones a esos problemas históricos no implica necesariamente declarar insignificante la teoría para la búsqueda de dichas soluciones.

### ***El pluralismo y la difícil búsqueda de la verdad***

Las reservas frente al ideal de la verdad no siempre obedecen a una falta de fe o de confianza en la verdad. Con frecuencia responden a una falta de confianza en la posibilidad de poder hacerse con ella. El pluralismo resulta ser muchas veces la razón última de esta desconfianza. Hoy podemos señalarlo como una de las razones de las crecientes reservas de nuestros contemporáneos frente al ideal de la verdad.

El pluralismo no es un hecho nuevo. Tiene muchos siglos de existencia. Ahí están como prueba fehaciente la multiplicidad de culturas y de filosofías, la multiplicidad de tradiciones religiosas y de confesiones cristianas con los consiguientes sistemas teológicos diferentes. Sin embargo, un hecho sí es definitivamente nuevo. Hoy estamos en condiciones de tomar conciencia del fenómeno del pluralismo como nunca antes hubiera sido posible. Los medios de comunicación social son en buena parte responsables de esta toma de conciencia del pluralismo. Ellos se han encargado de acercarnos otros mundos, otras culturas, otras filosofías de la vida, otras tradiciones religiosas...

La toma de conciencia del pluralismo ha generado a su vez en nuestros contemporáneos la sensación o la conciencia de una verdad fragmentada. Las viejas cosmovisiones o las teorías globalizantes van desapareciendo de nuestro universo cultural. El fenómeno de la especialización de las ciencias, la fragmentación de los saberes, la renuncia al ideal de la objetividad absoluta... son factores que obligan al hombre de finales de este milenio a aprender a vivir en el pluralismo. Se trata de uno de los aspectos o una de las dimensiones del espíritu y la cultura democrática, que tiene sus repercusiones en las actitudes frente al ideal de la verdad.

Cuando el pluralismo degenera en un burdo relativismo significa una renuncia radical a la búsqueda de la verdad. Se contenta con poner "mi verdad" al mismo nivel de cualquier concepción distinta de la verdad. El relativismo elude el diálogo y la confrontación, renuncia a la búsqueda de la verdad. Si todos los sistemas filosóficos o teológicos son igualmente válidos, ninguno es válido en realidad, pues con frecuencia son contradictorios entre sí. Si todas las visiones e interpretaciones de la vida son igualmente válidas, ninguna puede legitimar su validez. Sólo cuando los diferentes sistemas se autocomprenden como fragmentarios y necesitados de confrontación y diálogo con los demás mantienen vivo el ideal de la búsqueda de la verdad. El diálogo y la confrontación son condiciones de posibilidad para que el pluralismo sea un camino hacia la verdad y no una simple renuncia cómoda a su búsqueda.

Vivir en el pluralismo no es tarea fácil cuando se mantiene vivo el desafío de la verdad que está siempre más allá de nuestras posiciones. Requiere una búsqueda esforzada y permanente, apertura y escucha al otro, capacidad de diálogo y razonamiento de las propias posturas. Requiere una actitud permanente de renuncia, de cambio, de creatividad. Obliga a crear siempre de nuevo una filosofía o una teología *in loco* o *in contextu*, un pensamiento localizado o contextualizado sin renunciar al ideal de la verdad. Requiere un esfuerzo permanente de inculturación que no es capitulación sino actualización de los logros que la tradición y el diálogo nos han ofrecido en relación a la verdad que buscamos. Ante la magnitud de tal esfuerzo son muchos los que renuncian o mantienen sus reservas frente al ideal de la verdad. Para ellos el pluralismo se convierte en un cómodo relativismo o en un punto de llegada, en vez de ser una plataforma de búsquedas ulteriores.

### ***La difícil ascesis de la búsqueda***

Recurriendo a la etimología latina y quizá a la propia experiencia, Santo Tomás enfatizó el carácter esforzado y ascético de la actividad intelectual. "**Estudio** es una palabra que designa aplicación intensa de la mente a algo, cosa que no puede hacerse sino mediante su conocimiento". Coloca la **estudiosidad** entre las partes de la templanza y distingue en ella dos aspectos: el apetito de saber y el esfuerzo requerido por la actividad intelectual. Refiriéndose a este segundo aspecto, Santo Tomás



afirma: "...el esfuerzo requerido para el aprendizaje es más bien un impedimento del conocimiento. La estudiosidad no lo considera, pues, sino como un obstáculo que hay que superar..."

La búsqueda de la verdad es una tarea ardua que nunca puede darse por concluida. El estudio y la formación permanente requieren esfuerzo y constancia. Con frecuencia los resultados se hacen esperar o por lo menos no parecen compensar el derroche de energía que requieren. La tarea de la investigación o de la reflexión crítica no suele caracterizarse por la obtención de gratificaciones inmediatas ni reconocimientos garantizados. Es una tarea esforzada y ascética que, requiere laboriosidad, paciencia y constancia. Por eso la vocación intelectual escasea y, cuando se da, está siempre amenazada por la tentación del abandono.

Las actuales reservas frente al ideal de la verdad no son ajenas a esta condición esforzada y ascética del estudio y de la actividad intelectual. En numerosos casos están motivadas por ese esfuerzo y esa ascesis que lleva consigo el estudio. Dichas reservas no significan desconfianza ante el valor de la verdad, sino desconfianza ante la posibilidad de alcanzar ese ideal o conciencia del difícil camino de la búsqueda.

Tras este recuento sintético de las causas que hacen crecer hoy las reservas frente al ideal de la verdad, es legítimo formular algunas preguntas. ¿Sigue siendo válido el ideal de la verdad? ¿Sigue siendo válido el ideal de la Orden de Predicadores? ¿Tiene aún vigencia el compromiso del estudio como un componente esencial del proyecto fundacional de Domingo de Guzmán? ¿Es legítima la insistencia actual de la Orden en la prioridad de la política cultural, del estudio y de la formación permanente?

### **El estudio en el proyecto fundacional de Domingo. Memoria de los orígenes dominicanos.**

La memoria de los orígenes es obligada para una acertada interpretación y una oportuna actualización del proyecto fundacional de Domingo. Desconocer los orígenes imposibilita o, por lo menos, dificulta dicha interpretación y actualización. No somos los dominicos muy aficionados al conocimiento y al análisis de nuestra propia historia y tradición. Y, cuando lo hacemos, nos tientan fácilmente las interpretaciones románticas, apologéticas o triunfalistas. Naturalmente, estas actitudes hacen peligrar la objetividad y la interpretación correcta de nuestros orígenes y de nuestra historia. Presentar a Santo Domingo como si hubiera sido el inventor del estudio o a la Orden de Predicadores como si hubiera sido la primera en dedicarse a la actividad intelectual es un error bienintencionado, pero, al fin y al cabo, no deja de ser un error. La originalidad del proyecto fundacional de Domingo y de la Orden de Predicadores no van en esa dirección.

### ***El estudio al servicio de la predicación***

Es indiscutible el puesto central del estudio en el proyecto fundacional de Domingo. Pero el estudio ya existía antes de Domingo y antes que éste fundara la Orden de Predicadores.

Domingo no inventó el estudio. La actividad intelectual era ya conocida y ejercitada en las escuelas del monaquismo clásico y en las escuelas palatinas y catedralicias. La originalidad de Domingo no consiste en introducir el estudio en la vida religiosa. *Ora et labora*, rezaba el lema benedictino. Muchas veces se ha afirmado, sin demasiada precisión, que la innovación de Domingo consistió en sustituir el trabajo manual del lema benedictino por la actividad intelectual de los dominicos. Esta afirmación, que tiene su parte de verdad, no debe ser interpretada como si el estudio comenzara con la Orden de Predicadores. Precisamente el estudio dominicano se inserta en una ya larga tradición de estudio e investigación, que florece especialmente en los siglos XII y XIII, precisamente cuando nace la Orden de Predicadores.

La originalidad de Domingo consistió en poner el estudio al servicio de la predicación, en dar a éste una significación y una finalidad específicamente apostólicas. Su intuición profética consistió en darse cuenta de la absoluta necesidad de una adecuada preparación intelectual para la renovación efectiva del ministerio de la predicación. Como todos los demás componentes del proyecto dominicano -



pobreza, liturgia, observancias, dispensa...- el estudio dominicano tiene desde el principio un carácter y una finalidad eminentemente apostólica. Santo Tomás razonará la necesidad del estudio para las Ordenes religiosas fundadas para la predicación o para ministerios parecidos. Y defenderá, en este sentido, la superioridad de las Ordenes dedicadas a la enseñanza y la predicación sobre aquellas que se dedican simplemente a la contemplación, “ya que es más perfecto iluminar que ver la luz solamente, y comunicar a los demás lo que se ha contemplado -*contemplata aliis tradere* -, que contemplar sólo”. La conocida expresión *contemplata aliis tradere* se convirtió en formulación clásica del ideal dominicano.

Para comprender la significación y relevancia de esa intuición profética de Domingo, es preciso situar su proyecto fundacional en el contexto histórico. El P. Mandonnet ha hecho un acertado análisis de la crisis de los estudios a principios del siglo XIII y su relación con la fundación de la Orden de Predicadores. En el siglo XII hay un gran desarrollo intelectual en algunas élites eclesiásticas y un lamentable abandono intelectual en la mayoría de los eclesiásticos. Los clérigos estudiosos se dedican sobre todo al derecho civil o eclesiástico; son juristas y no teólogos. El Concilio III de Letrán (1178), consciente de los efectos negativos de esta crisis en el ministerio de la predicación, establece que cada iglesia catedral tenga un maestro con la misión de instruir gratuitamente a los clérigos de esa iglesia. El Concilio IV de Letrán (1215) confirma este decreto, que apenas en contadas ocasiones se había cumplido, y lo amplía a todas las iglesias. Además establece que la iglesia metropolitana tenga un teólogo que instruya a los sacerdotes en la Sagrada Escritura.

En 1219 Honorio III se lamenta aún de la inercia de los preladados para llevar a la práctica estos decretos pretextando que escasean los maestros en teología. Será la fundación de la Orden de Predicadores la encargada de dar oportuna respuesta a los decretos de los Concilios de Letrán, para resolver así el problema de la enseñanza de la teología y de la predicación.

La Orden de Predicadores tiene desde el principio un carácter esencialmente doctrinal, con vistas a resolver el grave problema de la falta de maestros encargados de enseñar las ciencias sagradas. Pero tanto la obligación del estudio como la actividad docente tiene como objetivo último el ministerio de la predicación.

El carácter doctrinal del estudio dominicano era inseparable del concepto contemporáneo de “predicación” que tenía también un carácter doctrinal y se distinguía de la mera exhortación moral o penitencial. La nueva Orden de Predicadores es al mismo tiempo una Orden de Doctores. Pero Domingo no pretende fundar una Orden de profesores, sino una Orden de predicadores. Los dominicos son esencialmente predicadores, y a este ministerio están ordenados, en definitiva, el estudio y la enseñanza.

Sobre este trasfondo histórico es preciso interpretar y valorar tanto las escuelas de teología que funcionaban en las comunidades dominicanas como la actividad docente de los dominicos en otras escuelas de teología. Los Papas pedían a los dominicos que abrieran una escuela de teología en cada uno de sus conventos. Era la forma más efectiva de llevar a la práctica los aludidos decretos de los Concilios de Letrán.

Y muchos Predicadores se convierten en lectores de teología, unas veces en las Universidades como París, Oxford, Canterbury, Nápoles..., otras veces en las numerosas escuelas diocesanas. Los arzobispos y obispos se dirigen a los Predicadores en busca de maestros y lectores de teología para sus propias escuelas diocesanas.

Pero, es preciso insistir en ello, el objetivo último es siempre resolver la profunda crisis del ministerio de la predicación.

El estudio dominicano tiene, pues, desde el principio un carácter esencialmente apostólico. Está más próximo a las escuelas urbanas (y catedralicias), que darán lugar al nacimiento de las Universidades, que a las escuelas monásticas, que se mantienen fieles al ideal de la *fuga mundi*. Aquéllas se inspiran en el espíritu del orden social naciente y recogen toda la vitalidad que emerge de la cambiante sociedad medieval, revalorizando e incentivando así la vocación intelectual. Éstas se mantienen en el conservatismo feudal y van entrando progresivamente en la rutina intelectual. Aquéllas constituyen la Escuela de los Maestros; éstas constituyen la Escuela de los Místicos o **Schola Christi**.



### **La Escuela de los Místicos y la Escuela de los Maestros**

Las diferencias y la confrontación entre estas dos Escuelas ayudan a comprender el verdadero carácter del estudio dominicano.

La Escolástica medieval conoce dos corrientes originalmente inspiradas por el mismo ideal evangélico, pero, en realidad, enfrentadas en la interpretación del mismo. Las dos corrientes están representadas por la escuela místico-monástica, autodenominada *Schola Christi*, y por la escuela dialécticoteológica de los Maestros. El enfrentamiento de estas dos tendencias tiene sus precedentes en la lucha del siglo XI entre dialécticos y antidialécticos.

La dialéctica del Trivium se había convertido en motivo de división para los escolásticos. Algunos dialécticos exagerados, como Anselmo de Besate, se desentienden prácticamente de los contenidos doctrinales y vuelcan todo su interés en las técnicas de discusión o en las formalidades de la lógica. Frente a esta tendencia desintegradora del avance doctrinal y de la búsqueda de la verdad, surge una tendencia diametralmente opuesta a cualquier filosofía y a cualquier especulación teórica. Conducidos por Pedro Damiano, los antidialécticos subordinan todo a la teología, y una teología mística. Para Dios -afirman los antidialécticos- no valen las leyes de la lógica; para salvar su alma, el hombre no ha menester de la filosofía, que es un invento del diablo. La escuela humanista de Chartres hará gala de un destacado aprecio por la lógica aristotélica. La escuela mística de San Víctor hará gala de un destacado aprecio por la contemplación y el éxtasis místico como ideal supremo de todo saber humano.

Siguiendo estas dos corrientes, la Escuela de los Místicos y la Escuela de los Maestros mantienen una concepción distinta y hasta contrapuesta del estudio y de la tarea intelectual.

La *Schola Christi* se preocupa de salvar la sencilla transparencia del ideal evangélico por la vía de la lectura meditativa, la meditación contemplativa y la contemplación extática. La razón y sus procedimientos dialécticos, más que favorecer, obstaculizan el ideal monástico y evangélico. La trayectoria de la escuela monástica está marcada por la *lectio*, la *meditatio*, la *contemplatio*. La lectura (estudio) tiene como único ideal conducir a la meditación y a la contemplación, y es buena y útil en la medida que facilita este propósito.

La doctrina sagrada es simplemente un peldaño en la escala mística que conduce a la contemplación. Toda exégesis y reflexión razonada sobre la Palabra de Dios empaña el mensaje evangélico. El ideal de esta escuela pone su mira en la experiencia mística. La razón discursiva y las realidades terrenas son ajenas a este ideal.

La *fuga mundi* es también huida del método dialéctico.

El método de esta escuela es fundamentalmente el método simbólico y alegórico, propio de la exégesis espiritual. Está destinado más a despertar los afectos en la voluntad que a iluminar el entendimiento.

Es una lectura en forma de conversación meditativa (*collatio*), que el Abad del monasterio dirige a los hermanos para suscitar en ellos la piedad y la devoción, más que para fomentar el conocimiento racional. En la escuela monástica cuenta sobre todo la experiencia personal con toda la carga de pulsiones afectivas que se mueven entre el fervor, la unción y la devoción. Sólo cuenta la lógica del sentimiento y de la experiencia mística. No cuenta la lógica de la razón y del concepto. Las situaciones históricas son ajenas al ideal monástico y no necesitan ser tomadas en cuenta para conseguirlo. La contemplación y el éxtasis místico se sitúan al margen y por encima del acontecer histórico.

Por el contrario, la escuela de los Maestros, asociada a las escuelas urbanas y a las nacientes universidades, encarna el ideal evangélico en el nuevo mundo comunal que emerge frente al mundo feudal aún reinante pero en vías de decadencia. **Maestros** se denomina a los jefes de los nuevos equipos apostólicos y también a los profesores o lectores de las escuelas urbanas y de las nacientes universidades.

Los nuevos grupos apostólicos abandonan la quietud del claustro, para dar otro destino al mensaje bíblico. Su propósito apostólico y misionero es iluminar al hombre secular en sus propias circunstancias históricas. El nuevo grupo apostólico en tomo a su "maestro" no se contenta con una





lectura exhortativa o moralizante destinada a suscitar la piedad o la devoción -“fervorín”- ; procura presentar el Evangelio como luz que ilumina la mente de los hombres y, a través de ella, a todo el hombre con sus circunstancias históricas. Este es el ideal de Domingo y de la Orden de Predicadores. Sus conventos se ubican en las urbes más representativas de la nueva situación cultural, religiosa, política y económica, allí donde está naciendo la nueva cultura. Su predicación es itinerante: no esperan que los hombres huyan del mundo; salen a su encuentro en medio del mundo.

Por su parte, los maestros y lectores de las escuelas urbanas y de las nacientes universidades participan de este mismo espíritu. La mayoría de ellos comparten también el ideal evangélico y evangelizador de los nuevos grupos apostólicos, pues muchos de ellos pertenecen a las nuevas Ordenes Mendicantes. En ellos está la convicción de que el Evangelio está destinado a iluminar al hombre y a dar oportuna respuesta a su problemática histórica. Así, el estudio cobra un nuevo realismo y evoluciona en una dirección distinta de aquella tomada por la *Schola Christi*, sin renunciar a los valores positivos de ésta.

Para la *Schola Christi* la fe es una cuestión de la voluntad y se define como una adhesión afectiva a la verdad revelada. El discurso racional apenas tiene sentido para el creyente. Para los Maestros, por el contrario, la fe es un asunto del hombre total y se define como una adhesión del entendimiento a la verdad revelada. Su ideal, presente ya en el origen de la Escolástica, es el ideal de una fe que busca la inteligencia. Este es el ideal de la teología que progresivamente se va afianzando como suprema sabiduría. La fe no se confunde con la conclusión racional, pero se vale de la razón para descubrir la credibilidad de la verdad revelada. La teología no se confunde con la filosofía, pero se vale de ésta para esclarecer y sistematizar armónicamente la verdad revelada.

Conducidos por este ideal, los Maestros tienen una nueva concepción del estudio y establecen un nuevo método. Mientras que la lectura monástica evolucionaba hacia la meditación y la contemplación, la lectura magistral evoluciona hacia la cuestión y la disputa escolástica. *Lectio, quaestio, disputatio*: éstas son las tres operaciones del método escolástico canonizado por los maestros medievales. Domingo no desprecia los valores de la tradición monástica, ni ignora los resultados positivos de la Escuela de los Místicos. Pero no se inspira en esta Escuela para definir la finalidad y el sentido del estudio dominicano. Domingo se inspira en la Escuela de los Maestros y en ella encuentra el verdadero sentido y la finalidad del estudio. Siguiendo la tradición de los Maestros, pone el estudio al servicio de su proyecto apostólico.

### **Importancia del estudio en el proyecto fundacional**

La cuestión apenas es discutible. El estudio es un componente esencial del proyecto fundacional de Domingo. No se concibe un verdadero Predicador, si no se dedica al mismo tiempo al estudio de la verdad sagrada. Sin embargo, vale la pena recordar algunos rasgos de la legislación dominicana primitiva y de la primera generación dominicana. En ellos se refleja la prioridad del estudio.

Ya la dispersión de los primeros frailes, decidida por Domingo contra la opinión de los prudentes, se relaciona directamente con la necesidad del estudio para el ministerio de la predicación. Domingo envía a sus frailes “para predicar y fundar conventos” precisamente a ciudades que son centros de vida intelectual.

París y Bolonia son nombres sobradamente conocidos. La ubicación de los conventos dominicanos en estos centros urbanos e intelectuales tiene un carácter profético. El fraile predicador debe hacerse presente allí donde se está gestando una nueva cultura, y participar, mediante una oportuna preparación intelectual, en el debate interdisciplinar.

En la legislación dominicana primitiva abundan los elementos que ponen de manifiesto la importancia del estudio en el proyecto y en la misión dominicana, El *Libro de las Costumbres* o *Constituciones* primitivas, recoge esta legislación<sup>4</sup>.

<sup>4</sup> Para facilitar y abreviar el aparato crítico, intercalamos en el texto todas las citas relativas al Libro de las Costumbres, siguiendo la numeración original.



Y es curioso que, desde el principio, el *Libro de las Costumbres* alude a la dispensa cuando define el fin de la Orden: "...tenga el prelado en su convento facultad para dispensar a los frailes algunas veces cuando lo creyere conveniente, principalmente en todo aquello que pareciere impedir el estudio, la predicación o el bien de las almas, ya que sabemos que nuestra Orden desde el principio fue instituida especialmente para la predicación y la salvación de las almas y que con todo esmero nuestro empeño debe dirigirse principalmente y con todo ardor a que podamos ser útiles a las almas de los prójimos" (Prólogo).

Humberto de Romanis justificará las dispensas para que el estudio no perezca ni sea impedido en la Orden.

El estudio tiene tal prioridad en la Orden que las observancias o su dispensa deben respetar esa prioridad.

La legislación primitiva multiplica los elementos que enfatizan la importancia del estudio. Al examinar a aquellos que se presumen aptos para el ministerio de la predicación, los examinadores determinarán "si dichos frailes deben continuar en el estudio para ello (para dicho ministerio)" (Dist. II, 3).

La importancia de la predicación revierte en la obligación del estudio. "No se funde un convento con menos de doce frailes ni sin licencia del Capítulo General, ni sin prior ni sin *doctor*" (Dist. II, 5). El doctor o el lector es pieza clave en la comunidad dominicana: él es el encargado de impartir las lecciones a los frailes, de dirigir las disputas doctrinales, de mantener vivo el interés por el estudio.

Se consideran algunas faltas contra la obligación del estudio; "Mostrarse negligentes los oficiales en alguna cosa que atañe a su cargo, como es: ... los maestros en enseñar; los estudiantes en estudiar; los escritores en escribir..." (Dist. I, 20); "Molestar a los lectores o a los oyentes" (Dist. I, 20); "No asistir a su debido tiempo con los demás para escuchar las lecciones" (Dist. I, 20).

El estudio es asunto de revisión y evaluación por parte de la suprema instancia de gobierno en la Orden: el Capítulo General. En su informe al Capítulo, los visitadores deben dar cuenta de los frailes a los que han visitado: "Si son asiduos en el estudio" (Dist. II, 2). En función del estudio están otras normas concernientes a la observancia regular. "Todas las horas deben recitarse en la iglesia breve y sucintamente, de forma que los frailes no pierdan la devoción y no sea impedimento para su estudio" (Dist. II, 3). La dispensa, singular novedad de la legislación dominicana, no se debe ya a simple condescendencia con la enfermedad o la debilidad, sino a la prioridad de la predicación y del estudio sobre cualquier otra ley<sup>5</sup>. El estudio la justifica suficientemente. "Con los estudiantes use de dispensa el prelado, de tal suerte que, a causa del oficio u otra cosa, no sean fácilmente retraídos o estorbados en el estudio" (Dist. II, 6). La obligación del estudio debe ser respetada por encima de cualquier ocupación en la administración de bienes materiales.

"Todos los que están consagrados al oficio de la predicación o al estudio no tengan cuidado o administración alguna de cosas temporales, para que puedan más desembarazadamente y mejor cumplir el ministerio que se les ha encargado acerca de las cosas espirituales..." (Dist. II, 7).

La legislación primitiva se ocupa de detalles aparentemente secundarios, pero que revisten gran importancia para el estudio, dadas las circunstancias de la época. Los libros son artículos de primera necesidad en la vida dominicana. La legislación primitiva considera como falta "no dejar decente y ordenadamente... los libros en su lugar correspondiente o tratarlos con descuido" (Dist. I, 20). No es una simple falta contra el voto de pobreza. Es una falta de aprecio al ideal dominicano del estudio. Se privilegiará a los doctores con el derecho de llevar consigo, en sus traslados, sus libros glosados, la Biblia, los cuadernos de apuntes, los propios manuscritos... Se regulará la venta de los libros y la herencia en caso de muerte. No olvidemos que los libros eran en el siglo XIII escasos y de difícil acceso.

---

<sup>5</sup> Sto. Tomás ofrece un criterio de gran valor para enjuiciar correctamente las observancias regulares y la dispensa: "...no es superior una Orden por tener observancias más rigurosas; lo será por la mayor discreción y adaptación de esas observancias al fin de la Orden". *Suma Teológica*, II-II, 188, 6 ad 3.



También la habitación o celda privada es objeto de privilegio para aquellos especialmente aptos y destinados al estudio. “No se asignen celdas a todos los estudiantes, sino sólo a aquellos a quienes creyere conveniente el Maestro. Y si alguno no saca fruto del estudio, entréguese su celda a otro y sea él dedicado a otros oficios” (Dist. II, 6). “En las celdas pueden leer, escribir, orar, dormir y también velar de noche quienes lo quisieran a causa del estudio” (Dist. II, 6).

La alusión a estos privilegios no debe inducirnos a error. Nadie está eximido del estudio en la comunidad dominicana, aunque algunos sean dedicados con más intensidad al mismo. El estudio es una obligación consubstancial a todo fraile predicador. Por eso, el maestro de novicios debe instruir a estos en el siguiente sentido: “Cómo deben entregarse ahincadamente al estudio, de tal manera que de día y de noche, en casa y de viaje, lean siempre o mediten algo, y se esfuercen por retener en la memoria cuanto pudieren...” (Dist. I, 12). Y el maestro de estudiantes debe igualmente insistir en esta obligación, a la vez que la dirige y supervisa. “Puesto que se ha de dedicar un especial cuidado a los estudiantes, asígneseles un fraile que esté consagrado a ellos, sin cuyo permiso no escriban sus cuadernos ni asistan a las clases, y que corrija todo lo que acerca del estudio vea reprehensible en ellos... Y según pareciere al Maestro de los estudiantes, determínese un lugar apropiado, en el cual, después de las disputaciones o de las Vísperas o en otro tiempo, si estuvieran desocupados, se reúnan, estando él presente, para exponer sus dudas y problemas, y mientras uno pregunta o expone, callen los demás para no estorbar al que habla. Y si alguno ofendiera preguntando, objetando o respondiendo indecorosamente, atropellando o gritando con obstinación, sea corregido al punto por aquél que entonces preside” (Dist. II, 20).

Los primeros Capítulos Generales y Provinciales irán más lejos en la legislación sobre el estudio, pero siempre manteniendo el mismo espíritu. Destacan la importancia del estudio, su orientación apostólica, la importancia del doctor o lector en los conventos, el gran papel que están llamados a desempeñar los Estudios Generales. En bien del estudio prohíben que los doctores sean elegidos para otros cargos que impidan el estudio y la enseñanza, como son los cargos de priores, definidores... e incluso aconsejan que no se les ocupe, de ordinario, en el ministerio de la confesión. Los estudiantes aptos para el estudio deben ser enviados a los Estudios Generales de la Orden; se vigilará cuidadosamente su aprovechamiento en el estudio y, en caso de negligencia en el trabajo intelectual, serán devueltos a la provincia de origen. Aconsejan a su vez que dichos estudiantes no sean ocupados en la celebración de misas solemnes y otras celebraciones por el estilo, para que no sean impedidos en su principal deber del estudio. Son sólo algunas indicaciones de la importancia que tiene el estudio en la legislación dominicana primitiva y en la vida de la primera generación dominicana. Sin embargo, la realidad se queda más corta que el ideal y la vida real no se corresponde exactamente con las exigencias de la legislación. Pronto aparecen las denuncias referentes al abandono o la negligencia en el estudio.

En una carta del año 1233 dirigida a los frailes de la Provincia de Lombardía, Jordán de Sajonia, sucesor de Domingo como Maestro General, abunda ya en esas denuncias. Denuncia a los superiores: “A esto se aproxima ya la negligencia que se observa en muchos, consistente en que gran número de superiores, sin preocuparse del estudio, apartan con tanta frecuencia del mismo a frailes dotados y con aptitudes, o los colocan en cualquier oficio, de modo que les es imposible estudiar”. Denuncia a los lectores: “Y también los mismos lectores en algunas partes, desempeñan el oficio de las clases con tan poca asiduidad y diligencia, que no es de extrañar que al que enseña con descuido le oigan con indiferencia”. Y denuncia a los estudiantes: “Pero si quizá hay lectores que desempeñan con esmero el oficio de las clases, resta todavía un tercer peligro por parte de los frailes, a saber, que los estudiantes se muestren muy descuidados en el tema del estudio, estén raramente en la celda, sean perezosos para las repeticiones del repaso, y no pongan el alma en los ejercicios escolásticos. Algunos obran de este modo para dedicarse más libremente a sus aficiones, faltas de discreción; otros hacen también esto por la pernicioso y miserable pasión de la ociosidad, de modo que no sólo se descuidan de sí mismos e inducen al cansancio a los lectores, sino que *roban la oportunidad de salvarse a muchas almas*, a las que podrían edificar para la vida eterna, si no estudiaran con negligencia, sino como es debido. Por eso



hay entre nosotros tantos flojos, y duermen muchos, superiores y doctores; hay también muchos que perecen por la propia negligencia". El subrayado merece especial atención, porque apunta a la razón última de la obligación del estudio en la Orden de Predicadores.

Por otra parte, Humberto de Romanis razona ampliamente la utilidad del estudio en la Orden: da preeminencia a la Orden, convoca nuevos candidatos a la misma, facilita la devoción de los hombres, libra del mal, instruye al hombre interior, evita la ignorancia, fortalece a la Orden, es ocasión de perfeccionamiento, alivia el tedio, ... Asegura, al mismo tiempo, que el abandono del estudio es causa segura de declive y crisis en la Orden. Pero hace también algunas denuncias que indican claramente cómo el abandono del estudio no es sólo un riesgo, sino un hecho real. Algunos frailes son negligentes en el estudio de la verdad sagrada. Pocos frailes se preocupan de estudiar las lenguas para misionar, siendo esta una de las razones, junto con el apego a la familia y a la patria, que debilitan el celo misionero en la Orden. Y denuncia las falsas motivaciones del estudio y la equivocada interpretación del mismo en algunos predicadores: algunos predicadores sólo estudian sutilezas, para elaborar sermones intrincados; otros estudian con el simple propósito de decir muchas cosas; otros estudian para proponer temas extraños y raros; otros no se preocupan de estudiar lo que han dicho otros, sino sólo de inventar lo que a ellos se les ocurre; otros se preocupan de estudiar más en orden al ornato de las palabras que acerca de los contenidos doctrinales...

Jordán y Humberto son sólo dos testigos entre los muchos que se pueden aducir. La fuerza de sus denuncias revela a la vez la importancia capital del estudio en el proyecto dominicano original y las primeras capitulaciones presentes en la generación dominicana primitiva. Pese a los siete siglos de distancia, dichas denuncias resultan tan próximas a la actual generación dominicana, que continúan aún vigentes. Las tentaciones que tocan el fondo de la naturaleza humana atraviesan el tiempo. Los dos testigos apuntan a ese fondo de la naturaleza humana. La memoria de los orígenes nos obliga a tener presente el ideal primero y a mantenernos vigilantes frente a los peligros que amenazan ese ideal.

### ***Domingo de Guzmán y Tomás de Aquino: un mismo proyecto dominicano***

En la tradición dominicana se ha dado con frecuencia una desafortunada contraposición entre Domingo de Guzmán y Tomás de Aquino. Se ha resaltado en Domingo su vocación apostólica y su infatigable condición de predicador. La tradición misionera de la Orden se ha sentido más a gusto con la figura de Domingo. Y se ha resaltado en Tomás su vocación intelectual y su infatigable condición de estudioso de la verdad sagrada. La tradición intelectual de la Orden se ha sentido más a gusto con la figura de Tomás. Consecuencia de este falso dilema ha sido una cierta ambigüedad en la interpretación del proyecto dominicano. Y no han faltado quienes han imputado a Santo Tomás la responsabilidad de haber traicionado la idea fundacional de Domingo de Guzmán.

El dilema es falso. La imputación hecha a Tomás de Aquino es injusta. No hay motivos objetivos para contraponer a Domingo de Guzmán y Tomás de Aquino, como si éste hubiera traicionado el ideal primero de la Orden de Predicadores. El triste divorcio entre misioneros y doctores, entre los predicadores y los intelectuales, es un pecado más tardío en la Orden, nefasto a la vez para la predicación y para el estudio.

Domingo no fue en absoluto un apologista de la **docta ignorantia**. No estuvo ausente en él la constante preocupación por el estudio. El itinerario apostólico de su vida y su proyecto fundacional incluyeron la necesidad absoluta del estudio, eso sí, un estudio cuya finalidad era necesariamente apostólica.

Desgajado del ministerio de la predicación, no sabemos cuál hubiera sido la valoración del estudio en la mente de Domingo.

Desde sus años jóvenes en Palencia, Domingo ha estado metido de lleno en un ambiente de estudio, primero como estudiante y quizá luego como profesor. La **lectio divina** es una ocupación segura durante sus años de estancia en el claustro de Osma. En Tolosa Domingo asiste con sus compañeros a las lecciones impartidas por el famoso Maestro Alejandro Stavensby. Sus frecuentes





visitas a los centros universitarios de la época le mantienen en contacto con el ambiente de estudio y con las **quaestiones disputatae** de la época.

Todos estos son capítulos de la vida de Domingo que le hacen caer en la cuenta de la necesidad y utilidad del estudio.

Pero quizá fue sobre todo su infatigable dedicación al ministerio de la predicación el punto de partida de su interés por el estudio como condición imprescindible para desempeñar debidamente ese ministerio.

Domingo tuvo que enfrentar los cuestionamientos agresivos llegados desde la herejía reinante. Y tuvo que contemplar la ignorancia religiosa de las masas paganas. Los estragos de aquel error y de esta ignorancia le hicieron especialmente sensible al ideal de la verdad y a la necesidad de su búsqueda. Aún más, como maestro de predicadores, se vería obligado con frecuencia a intervenir en disputas públicas y a pronunciar la palabra definitiva, la famosa *determinatio*, reservada a los maestros en las disputas escolásticas. Sus mismas giras apostólicas le hacen consciente de la deficiente preparación intelectual del clero incluidos a veces los obispos como tantas veces habían denunciado los Concilios de Letrán y los Papas.

A lo largo de ese itinerario de su vida y de estas experiencias apostólicas a Domingo se le hace patente una conclusión: los males de la Iglesia tienen su raíz en la ausencia o deficiencia de la predicación. Y otra conclusión paralela se le impone con la misma fuerza: el predicador necesita, amén de otras cualidades humanas y evangélicas, una sólida formación doctrinal y un conocimiento profundo de la verdad sagrada.

La relación entre estas dos conclusiones nos permite comprender la importancia del estudio para Domingo y el carácter apostólico del estudio que Domingo quiere para los frailes predicadores.

A partir de estos presupuestos nada tiene de extraño que la atención al estudio fuera un criterio básico de Domingo en la concepción y organización del nuevo proyecto fundacional. Efectivamente, es un criterio que está presente en la organización de la Orden, en la primera dispersión de los frailes, en la ubicación de los conventos, en la primitiva legislación. Ciertamente, Domingo dedica la mayor parte de su vida al ministerio de la predicación, pero su interés personal por el estudio es indiscutible, al igual que su convicción de que el proyecto fundacional de la Orden de Predicadores debe incluir el estudio como componente esencial.

Por su parte, Tomás de Aquino dedica la mayor parte de su vida al ministerio del estudio y de la enseñanza. Pero esto no significa en absoluto que le sea ajena la preocupación por el ministerio de la predicación, ni significa que haya convertido el estudio en el ideal terminal de la Orden. No es, en absoluto, un apologista del arte dialéctico como un valor en sí mismo. Comparte con Domingo el mismo ideal dominicano: la salvación de las almas mediante el ministerio de la predicación, desde la oración, la contemplación, el estudio y la comunidad apostólica. Si el varón apostólico y el predicador Domingo se mantiene firme en la defensa del estudio, el intelectual y maestro Tomás defiende abiertamente la finalidad apostólica del mismo. El mismo es intelectual y maestro en función de la predicación.

Tomás de Aquino ejerce personalmente el ministerio de la predicación, simultaneándolo con su labor intelectual y docente. Pero, sobre todo, deja muy claro en muchos de sus escritos la finalidad apostólica del estudio. Quizá hay que buscar aquí su mayor aporte a la clarificación de la naturaleza y finalidad del estudio dominicano. Es ya de sobra conocida la expresión de Santo Tomás que se hizo clásica para definir el ideal dominicano: *"contemplata aliis tradere"*. Y es también de sobra conocido su debate con los maestros seculares de la Universidad de París, capitaneados por Guillermo de Saint-Amour y Gerardo de Abbeville, para defender el derecho de los frailes mendicantes al estudio, a la enseñanza y a la predicación. La posición firme de Santo Tomás quedó reflejada en varias de sus obras: *Contra impugnantes Dei cultum et religionem*, *De perfectione vitae spiritualis*, *Contra pestiferam doctrinam retrahentium homines a religionis ingressu*.

Queda también reflejada, aunque nunca nombre explícitamente a la Orden de Predicadores, en la parte de la *Suma Teológica* dedicada a los distintos géneros de vida y estados de perfección. En esta parte de la *Suma*, Santo Tomás no sólo defiende la legitimidad de fundar algunas Órdenes religiosas



destinadas a la enseñanza y la predicación. Más explícitamente defiende la legitimidad y la necesidad del estudio en función de estos ministerios: “En segundo lugar es necesario el estudio de las letras a las Órdenes religiosas fundadas para la predicación o para otros ministerios parecidos”. Es obvio que Santo Tomás hace referencia a la Orden de Predicadores tal como ha sido concebida por Domingo. Todos estos datos nos permiten descubrir la identificación de Santo Tomás con el proyecto fundacional de Domingo.

No hay, pues, razones objetivas para contraponer a Domingo y Tomás. Entre ellos no hay contraposición, sino armónica conjunción. Ambos comparten el mismo ideal y el mismo proyecto dominicano. Para ambos está muy clara la íntima relación entre el estudio y el ministerio de la predicación, como está también claro el valor simplemente instrumental del estudio en relación con la predicación. La conjunción armónica de dos personalidades aparentemente tan distintas nos ofrece el verdadero perfil del proyecto dominicano. El problema es de síntesis, no de antítesis. Esa síntesis nos proporciona un conocimiento exacto del proyecto dominicano y del verdadero carácter del estudio en la Orden de Predicadores.

### **Algunos rasgos del estudio dominicano**

Después de todo lo dicho apenas es necesario insistir más en el carácter apostólico del estudio dominicano. Este tiene una finalidad esencialmente apostólica. Está en función de la predicación. No pretende formar simples maestros, sino predicadores. Algunos maestros serán destinados especialmente a la formación de los hermanos o del clero en general. Pero nunca se justifica la distinción, que se impuso en algunos momentos de nuestra historia, entre intelectuales y misioneros, entre los doctores encargados únicamente de estudiar y los predicadores encargados de predicar y dispensados del estudio.

Esta distinción ha sido siempre signo de crisis en la Orden, porque rompe la armonía entre el estudio y la predicación. Un estudio sin finalidad apostólica perdería su carácter dominicano. El verdadero estudio dominicano arranca de los interrogantes suscitados por la misión y desemboca de nuevo en la misión. Por su parte, una predicación que no esté sustentada por el estudio difícilmente podrá responder a las exigencias de la misión.

El estudio dominicano es *comunitario*. Naturalmente, esto no significa que los individuos estén dispensados de esa responsabilidad. Significa que no es un asunto meramente individual; que no es un privilegio o monopolio de los frailes específicamente dedicados a la investigación y a la enseñanza; que implica una verdadera reflexión comunitaria. El primer sujeto responsable del estudio es la propia comunidad dominicana, al igual que ésta es también la primera responsable del ministerio de la predicación. La comunidad reunida en torno al maestro, doctor o lector, tal como la contempla la legislación primitiva, se convierte pronto en una verdadera escuela de teología. La voluntad expresada tantas veces por los Concilios y por los Papas en el sentido de que cada provincia eclesiástica tuviera un maestro y una escuela de teología se realiza ahora de forma novedosa en las comunidades dominicanas. Este es el verdadero sentido de los Estudios Generales que tanta importancia han tenido en la historia de la Orden. Las *collationes* monásticas han evolucionado en la comunidad dominicana hacia un estudio y una reflexión teológica, que implica *lectio, quaestio, disputatio*. Este fue el sentido de los famosos *casus conscientiae*, desaparecidos cuando se convirtieron en meras formalidades escolásticas, al igual que otros ejercicios escolásticos.

El convento de Saint Jacques de París es fiel reflejo de este espíritu que anima el estudio en la comunidad dominicana primitiva. Es el primer Estudio General de la Orden, esa institución que proporcionará en lo sucesivo la infraestructura para la organización y animación de la vida intelectual dominicana. Dicho convento vive y trabaja en estrecha colaboración con la Universidad de París, convirtiéndose en un colegio universitario de teología. Donado por el maestro Juan de Barastre, profesor de la Universidad, recibe de tan insigne maestro los cursos de teología. Saint Jacques se convierte así en una verdadera escuela de teología.



El estudio dominicano es un estudio *teológico*. Se centra en el estudio de la verdad sagrada. Destinado a alimentar la predicación, y una predicación doctrinal, no puede por menos de ser un estudio teológico. El ideal del maestro medieval es llegar a ser maestro *in sacra pagina*. Este es también el ideal de los primeros maestros de la Orden. La legislación primitiva insiste en la preferencia por los estudios teológicos. Entre las instrucciones que el maestro debe dar a los estudiantes, señala la siguiente: “No estudien en los libros de los gentiles y de los filósofos, si bien los miren alguna hora. No se entreguen al estudio de las ciencias mundanas, ni tampoco a las artes que llaman liberales, sino que estudien solamente los libros teológicos, tanto los jóvenes como los demás” (Dist. II, 6). Domingo “exhortaba y persuadía de palabra y por escrito a los frailes de dicha Orden (de Predicadores) que estudiaran siempre en el Nuevo y en el Antiguo Testamento” (Proc. Canon. de Bolonia. 5). Puesto que el objeto de la predicación dominicana es el anuncio del misterio de la salvación, el objeto preferente del estudio debe ser para los dominicos la Sagrada Escritura. Sólo de esta forma la predicación dominicana será verdaderamente una predicación doctrinal, kerygmática, positiva....

El estudio dominicano es un estudio *interdisciplinar*. Decir que el estudio dominicano debe ser preferentemente teológico no significa que deba desentenderse de otras áreas del conocimiento. Significa que las otras áreas del conocimiento han de ser estudiadas en función de la reflexión teológica y a la luz de la teología.

En la primera cuestión de la *Suma Teológica* Santo Tomás clarifica suficientemente el carácter interdisciplinar de la teología, si bien es verdad que el término “interdisciplinar” es ajeno al lenguaje medieval. Santo Tomás subraya la interrelación entre la teología y las ciencias profanas. “Lo que constituye la diversidad de las ciencias es el distinto punto de vista bajo el que se mira lo cognoscible... Por eso no se ve inconveniente en que las mismas cosas que estudian las disciplinas filosóficas, en cuanto asequibles a la luz de la razón natural, sean objeto también de otra ciencia como la teología) en cuanto son conocidas con la luz de la revelación divina”. “...La sagrada doctrina, sin perder su unidad, se extiende a lo que pertenece a diversas ciencias filosóficas en virtud de la razón formal con que lo considera, el ser cognoscible por la luz divina”.

Uno de los méritos del saber medieval es precisamente su carácter complejo o interdisciplinar. El término *universitas* alude precisamente a ese carácter totalizante e interdisciplinar. No es llegado todavía el tiempo de la moderna especialización. Estas circunstancias marcan el carácter del estudio dominicano: centrado en el estudio teológico, incursiona en todas las áreas del saber desde la perspectiva teológica. Basta recordar los títulos de numerosas obras de Tomás de Aquino, Alberto Magno y otros maestros dominicos.

Basta recordar la infinidad de títulos, muchos de ellos sobre temas profanos, que aparecen en las *Quaestiones Disputatae* de la época. La *quaestio* y la *disputatio* son los dos ejercicios escolásticos más representativos del estudio interdisciplinar en aquella época. Pero, en el estudio dominicano todos los saberes tienen un centro en torno al cual giran y una meta hacia la que se orientan: el estudio de la verdad sagrada. “...Los religiosos se entregan principalmente al estudio de la doctrina ordenada a la piedad, como dice el Apóstol.

Los demás estudios no son propios de los religiosos, cuya vida se ordena a los divinos ministerios, sino en cuanto se relacionan con la teología”. Y el ministerio propio de los dominicos es el ministerio de la predicación al que debe estar ordenado el estudio.

Una de las lecciones más importantes de los orígenes dominicanos y de la historia de la Orden ha sido la capacidad de ésta para entrar en diálogo con diversas culturas, clásicas o nuevas, con una profunda apertura y libertad de espíritu. En esto consiste precisamente el carácter interdisciplinar de la investigación. Otra lección importante de la historia de la Orden: la teología ha sido fecunda y creativa en la medida que ha entrado en este diálogo o debate interdisciplinar.

Ejemplo de este espíritu fue Santo Tomás, siempre atento a las *quaestiones disputatae* de la época y a dialogar con cualquier filosofía, para ponerla al servicio del mensaje cristiano. Análoga significación tuvieron las escuelas de lenguas de su época, cauces de diálogo con otras tradiciones culturales. Los profetas dominicos y los teólogos de los primeros tiempos de la evangelización de



América son otro ejemplo de este carácter abierto, dialogante e interdisciplinar de la reflexión teológica dominicana. La teología floreció en Salamanca precisamente porque Vitoria y sus compañeros acusaron recibo de las cuestiones históricas que les llegaron desde América a través de sus hermanos dominicos, y dedicaron sus mejores esfuerzos a la reflexión teológica sobre esas cuestiones. Quizá éste es el ejemplo más destacado de colaboración entre misioneros y doctores.

### Algunas reflexiones sobre el presente y el futuro del estudio en la Orden de Predicadores

El recuerdo de los orígenes nos obliga a reflexionar sobre el presente y el futuro, si queremos mantenernos fieles al proyecto fundacional. Esta fidelidad sólo es posible mediante la actualización del mismo. No se es más fiel al ideal dominicano por la simple defensa triunfalista y apologética del mismo, por la repetición mimética del primer hacer dominicano, por el apego servil al texto antiguo que desconoce la dinámica histórica. El conservadurismo es una forma de traición al pasado. Los tiempos y las circunstancias cambiantes exigen respuestas actualizadas. Para los dominicos no sería posible, hoy y mañana, mantenerse fieles al proyecto fundacional sin esa actualización del carisma. Todos los componentes de ese proyecto deben ser objeto de actualización en la Orden, pero de forma especial el estudio. El universo cultural contemporáneo y los problemas históricos que enfrenta el hombre actual son tan distintos a aquellos del siglo XIII, que el estudio dominicano se encuentra hoy ante retos y desafíos radicalmente nuevos.

#### ***Fieles al servicio de la verdad***

La Orden siempre se ha ufano de su lema: VERITAS, la Verdad. Cuando abundan las reservas frente al ideal de la verdad, ¿mantenemos aún los dominicos la fe en ese ideal y la confianza en nuestra misión? ¿Tenemos aún el coraje de mantenemos firmes en el estudio, y un estudio actualizado, pese a la ascesis que supone la búsqueda de la verdad y pese a los riesgos que lleva consigo la defensa y el anuncio de la verdad?

En la clausura del IV Encuentro de CIDAL, celebrado en Caracas el año 1980, el Maestro de la Orden V. de Cuesnongle se expresaba en estos términos: “En el capítulo referente al estudio, nuestras Constituciones dicen que debemos llegar a los hombres en su deseo de la verdad (LCO. 77,II). Es decir, tenemos que contactar con los hombres en su aspiración a conocer las cosas tal como son, a comprenderlas.

Sobre este punto, siempre me gustó decir que lo que caracteriza al máximo la mentalidad dominicana (no digo la espiritualidad, que va íntimamente unida a ella) es el sentido de la verdad de las cosas, que evidentemente no puede separarse de la verdad del hombre y de la ‘verdad de Dios’... Este aspecto del carisma dominicano debe aparecer también en nuestra manera de abordar los problemas y de aclarar las soluciones. No hay verdad sin totalidad”.

El ideal de la verdad es sublime, pero también es fácilmente sublimable. Por eso conviene mantenerse “fieles a la tierra y a la historia”, para no caer en el idealismo. La verdad es la realidad misma. Por eso, el P. De Cuesnongle pedía para los dominicos un sexto sentido: el sentido de la verdad objetiva, la verdad de las cosas, que nos sitúa a igual distancia de la mistificación y de la *moralización*. *La verdad de las cosas es más real y objetiva que todas las sublimaciones y mistificaciones a las que con frecuencia sometemos la realidad.*

La verdad de las cosas, del hombre y de Dios, es más consistente que todas las moralizaciones que con frecuencia inspiran nuestros discursos evangelizadores.

A ese especial olfato para la verdad objetiva debe obedecer el carácter tradicionalmente doctrinal de la predicación dominicana. No se trata de que sea teórica, sino de que sea realista. Se trata de que trascienda los límites de la moralización y apunte al anuncio positivo del mensaje de salvación. El servicio a esta verdad salvífica se coloca en el centro de la tarea evangelizadora, y abarca estudio, reflexión y anuncio directo. El servicio a la verdad salvífica es especialmente necesario hoy cuando una





ola de fundamentalismo y emotividad religiosa invade a muchas comunidades cristianas. Fuera de la verdad, todo se construye en falso y se derrumba con facilidad. Quizá esté aquí la raíz de la crisis que afecta hoy a las relaciones humanas -cortas y largas-, a muchas instituciones e ideologías, a muchos discursos filosóficos y teológicos.

No me toca a mí hacer la evaluación de la presencia intelectual y, sobre todo, teológica de la Orden en la sociedad y en la Iglesia actual. Pero a nadie se le ocultan los síntomas de la crisis del estudio en la Orden y en muchas comunidades dominicanas. Lo lamentamos nosotros y lo lamentan muchas personas que valoran la vocación doctrinal y teológica de la Orden. Los dominicos de hoy y de mañana estamos obligados a asumir este reto y esta responsabilidad, conscientes de que no es un asunto de prestigio corporativo o personal, sino un asunto de responsabilidad histórica ante la Iglesia y ante la sociedad. Como subrayamos, al citar a Jordán de Sajonia, está en juego el servicio a la causa de la salvación y de la liberación de los hombres.

### **Una sabia administración de la tradición**

Un primer paso importante para la revitalización de la misión intelectual y de la reflexión teológica de la Orden, es precisamente una sana y sabia administración de la propia historia y de las glorias de la tradición. Es frecuente escuchar acusaciones contra el orgullo y la soberbia intelectual de los dominicos. Estas actitudes nos hacen más mal que bien. Han conducido a muchos a un triunfalismo fatuo y estéril, basado únicamente en las glorias del pasado y no en las realizaciones presentes. A veces damos la impresión de que basta ser hijo de Santo Domingo para ser buen predicador o de que basta ser hermano de Santo Tomás para ser buen teólogo y conocer todos los secretos de la teología. Obviamente se trata de falsas ilusiones. No conviene olvidar que la tradición sólo es válida cuando se actualiza, y que la actualización es la única forma de fidelidad al pasado. La humildad es el primer peldaño en la búsqueda de la verdad.

La historia es maestra de la vida; también la historia dominicana. Por eso, es preciso ahondar en nuestra tradición, rica a nivel teológico y apostólico, si queremos mantener la identidad, actualizar el proyecto fundacional y cumplir nuestra misión. El conocimiento del pasado es básico para enfrentar con seguridad el presente y el futuro. Sin embargo, la historia no es maestra sólo por sus aciertos, sino también por los errores que tiene a sus espaldas. Por eso, la aproximación a la historia y a la tradición ha de ser crítica, no triunfalista y apologética. Sólo este estudio crítico hace que la historia y la tradición sean prospectivas e iluminen la tarea del presente y del futuro.

Para algunos dominicos Santo Tomás y su Suma Teológica parecieran ser el terminal de la reflexión teológica. Nada más lejos de la realidad. Es conocida la importancia del magisterio de Santo Tomás en la historia de la Iglesia. Pero ni es el único ni es el último teólogo cristiano. También frente a él es válido el lema señalado al principio de este capítulo: "Los escritores que nos precedieron no son nuestros señores, sino nuestros guías. La verdad está abierta a todos; aún no ha sido ocupada".

Santo Tomás es ante todo modelo de un método de reflexión teológica que parte desde las *quaestiones disputatae* de su tiempo. Hoy las cuestiones son otras o se plantean en otras categorías culturales e históricas.

Por eso, la fidelidad a Santo Tomás consiste en seguir reflexionando teológicamente desde las *quaestiones disputatae* de nuestro tiempo. El esfuerzo del P. Chenu por la relectura y reinterpretación de Santo Tomás y su obra es un ejemplo de esa fidelidad a Santo Tomás y un reto para todos los dominicos.

Para algunos dominicos, recordar la actuación evangelizadora y profética de Bartolomé de las Casas, de Montesinos, de Pedro de Córdoba... parece suficiente. Sin embargo, el estudio de la historia de estos hermanos nuestros debe introducirnos en la reflexión teológica sobre la urgencia de evangelización y de liberación en el mundo actual. El compromiso con la justicia en nombre del Evangelio es la única forma de permanecer fieles a esa tradición.



El uso desacertado de la historia y de la tradición dominicana ha devaluado con frecuencia el estudio, la misión intelectual de la Orden y su presencia en el debate filosófico y teológico. ¿Somos hoy víctimas de nuestra propia tradición gloriosa?

### ***Reconciliar misioneros y doctores***

Una primera tarea para potenciar la reflexión teológica de la Orden es la reconciliación entre misioneros y doctores, entre la actividad pastoral y la actividad intelectual, entre la tradición misionera y la tradición monástica. La existencia de estas dos tradiciones en la historia dominicana no es ninguna desgracia, sino una riqueza. Pero el divorcio y la oposición entre ambas sí puede considerarse como desgracia. Sólo la relación dialéctica entre ambas tradiciones explica los momentos más fecundos de la historia dominicana.

El divorcio entre reflexión teológica y predicación ha sido uno de los mayores errores en determinados momentos de la historia de la Orden. Devaluó a un tiempo la teología y la predicación, y a la vez ha sido causa de muchos malentendidos y rupturas. La división de los dominicos en un grupo de doctores y otro de predicadores rebajó a un tiempo el ideal del estudio y el ideal de la evangelización. Los pastores y evangelizadores se sintieron dispensados del estudio, que pasó a ser considerado como asunto de especialistas y profesionales. Los doctores se sintieron dispensados de la misión pastoral y evangelizadora, encomendada a los frailes de segunda clase. Así se rompió en algunas ocasiones la comunidad fraterna y se puso en peligro la misión intelectual y la actividad pastoral.

La teología latinoamericana ha puesto de relieve una verdad importante para renovar el método teológico: la praxis cristiana es un componente esencial del conocimiento y del método teológico. La verdadera reflexión teológica parte de la praxis cristiana, se hace acompañar de ésta y desemboca en una praxis más cristiana. Lo que quiere decir que no hay una verdadera reflexión teológica al margen de toda práctica pastoral. Es preciso escuchar el clamor del pueblo para dar respuesta real a los problemas históricos desde la Palabra de Dios, de forma que el mensaje cristiano se torne históricamente significativo. La crisis de la teología y de la predicación llega cuando contestan a preguntas inexistentes y dejan sin responder las preguntas que preocupan a la comunidad. Este suele ser el riesgo que corren los doctores totalmente alejados de la pastoral. Y éste suele ser el riesgo del pastor totalmente alejado del estudio: encomendar la tarea evangelizadora a la ocurrencia inmediata o a la simple espontaneidad.

La reconciliación de misioneros y doctores, por el contrario, fecunda a la vez el estudio y la predicación. La reflexión teológica se alimenta de los interrogantes reales e históricos, y al mismo tiempo se confronta con la praxis cristiana que es criterio válido de verificación teológica. La predicación, por su parte, se alimenta de la reflexión teológica que va acumulando todas las riquezas de la tradición.

### ***La comunidad dominicana, una escuela de teología***

Para reconciliar a misioneros y doctores es preciso reconstruir la comunidad dominicana y convertirla en verdadera escuela de teología. Este es al mismo tiempo un paso necesario para revitalizar el estudio y la reflexión teológica en la Orden. La reconstrucción de la comunidad cristiana es hoy una de las prioridades en muchas entidades de la Orden. El esfuerzo por convertir las comunidades dominicanas en escuelas de teología y centros de reflexión teológica encuentra no pocas resistencias. El individualismo reinante explica estas resistencias.

El estudio dominicano tiene un carácter comunitario. Naturalmente, no puede haber estudio comunitario y reflexión comunitaria, si no hay estudio y reflexión individual. Pero es igualmente cierto que el estudio y la reflexión meramente individuales no son suficientes para llevar el estudio dominicano a su estadio último: la reflexión comunitaria. El diálogo abierto, la confrontación pública, la reflexión común... enriquecen la actividad intelectual y proporcionan una especial lucidez en la búsqueda de la verdad.

Toda comunidad dominicana tiene la misión y el compromiso de reflexionar teológicamente. Toda comunidad dominicana debería ser una escuela de teología, esté dedicada a la enseñanza o a la pastoral directa, a la investigación o a la predicación. Y no ha de ser una escuela de teología simplemente dedicada a enseñar a clérigos, religiosos o laicos interesados en la materia. Ha de ser



también una escuela dedicada a reflexionar, aprender y crear teología comunitariamente. Así la comunidad garantizará a la vez la fidelidad de todos sus miembros a la misión evangelizadora y a la misión intelectual. En este contexto deben redefinirse y actualizarse las viejas instancias de la formación permanente: disputas escolásticas, *casus conscientiae*, lector conventual...

El P. Chenu publicaba en 1937 un libro sobre el método y el quehacer teológico<sup>6</sup>. En él desarrolla ampliamente qué significa para una comunidad dominicana ser una escuela de teología. Su lectura resulta hoy útil e iluminadora para cualquier comunidad dominicana, pero especialmente para aquellas que funcionan como Estudios Generales en las distintas provincias. Es ésta una intuición de larga tradición y de capital importancia en la historia del estudio dominicano. El cierre de algunos Estudios Generales ha tenido repercusiones muy negativas para la marcha de los estudios en las provincias afectadas. La razón es obvia.

El Estudio General debiera ser el modelo de escuela teológica al que debería aspirar toda comunidad dominicana de acuerdo con su peculiar situación y recursos. Y en todo caso, el Estudio General debe ser el centro animador de los estudios en las provincias.

Añadamos una última observación en relación con la comunidad dominicana como lugar de estudio y reflexión. Si las comunidades han de ser escuelas de teología, deben estar abiertas a la misión y al diálogo con otras instancias intelectuales. La misión evangelizadora no sólo es objetivo último de nuestro estudio; con frecuencia se convierte también en la única motivación eficaz del estudio y la reflexión. El diálogo de la comunidad hacia afuera permite mantener vivo el interés por el estudio y la reflexión. Por eso es de suma importancia cuidar la ubicación geográfica y social de las comunidades dominicanas. El criterio utilizado en la primera generación dominicana al fundar los conventos debería inspirar las actuales fundaciones. El alejamiento geográfico y social de los centros del debate cultural y de los conflictos históricos en nada favorece la animación del estudio y la reflexión.

### **Interés por la teología y diálogo interdisciplinar**

El centro de interés del estudio dominicano es la teología en su acepción más amplia. Nuestra misión apunta, en definitiva, a la iluminación teológica de las cuestiones y situaciones históricas. Esto no quiere decir que todos y cada uno de los dominicos tengan que dedicarse profesionalmente a la teología. Pero sí significa que ningún dominico, cualquiera que sea su dedicación profesional, debe perder la referencia teológica. La misión evangelizadora es común a todos los dominicos. Y esa misión exige de nosotros ser expertos en teología. Es una equivocación pensar y actuar como si la preocupación por la teología fuera en la Orden un asunto de especialistas en la materia. Todo dominico que haya asumido el proyecto de Domingo debe mantener esa preocupación por la teología, aunque algunos estén dedicados profesionalmente al estudio, investigación y enseñanza de la misma. Si la comunidad dominicana funciona como una verdadera escuela de teología, estará garantizada la implicación de todos sus miembros en la reflexión teológica, cualquiera que sea su trabajo profesional.

Está comprobado que la teología no puede prestar su servicio a la comunidad humana y cristiana, si no parte y evoluciona en diálogo con las demás ciencias humanas. Debemos ser también "expertos en Bloque II: Cuestiones dominicanas humanidad". Por eso debemos implicarnos en un diálogo interdisciplinar con todas las ciencias y culturas.

Una lección importante de los orígenes y de la tradición de la Orden ha sido precisamente la capacidad de ésta para establecer un diálogo estrecho entre el mensaje cristiano y las ciencias profanas, entre la tradición cristiana y las culturas no cristianas, con un espíritu de apertura y libertad.

La teología sólo puede ser fecunda si permanece en contacto con las situaciones históricas - políticas, culturales, económicas...- y se deja interpelar por ellas. Cerrada sobre sí misma, se hipostasia y se vuelve estéril. La teología ha sido creativa y profética en la medida que se ha dejado interpelar por otras coordenadas culturales y otras ideologías, y ha entrado en diálogo crítico con ellas. Se ha mantenido viva y funcional en la medida que ha tomado como punto de partida las cuestiones

<sup>6</sup> M. D. CHENU, *Une école de théologie. Le Saulchoir*, Etiolles 1937.



disputadas del medio histórico y cultural en que se ejercitaba, y no las cuestiones inventadas por los mismos teólogos. Quien analice la historia de la Escolástica podrá llegar fácilmente a esta conclusión: su crisis tuvo lugar cuando las cuestiones fueron inventadas desde dentro y cuando la disputa teológica se convirtió en mera disputa retórica o dialéctica. Es decir, la crisis teológica llega cuando la teología deja de ser un ejercicio interdisciplinar.

Las tres etapas de la pedagogía y del método escolástico eran la *lectio*, la *quaestio* y la *disputati.*, La reflexión teológica quizá debería invertir este orden en la actualidad. Hoy habría que organizar dicha reflexión a partir de la *quaestio* (problemática histórica, cultural, ideológica... o análisis de la realidad), para pasar luego a la *lectio* (investigación y estudio de la tradición) y llegar a la *disputatio* (debate interdisciplinar).

Este nuevo método implica una especial sensibilidad de los teólogos para captar los signos de los tiempos, y una gran capacidad de diálogo con las demás ciencias. Este nuevo método exige de la teología y de los teólogos una gran humildad: la teología no se considera ya como señora de todas las ciencias y poseedora absoluta de la verdad; es la humilde sierva que aprende de todas las demás ciencias y está dispuesta a hacer su aporte específico desde el mensaje en el que cree. El uso de la filosofía moderna ha cambiado la faz de la teología europea; el uso de las ciencias sociales ha contribuido notablemente a transformar la reflexión teológica en América Latina.

### **El estudio dominicano y las situaciones de frontera**

Es cierto que el hombre actual tiene grandes reservas frente al ideal de la verdad, particularmente cuando ese hombre se debate en las fronteras entre la vida y la muerte, entre la vida humana y la vida inhumana, como sucede con millones de personas en los distintos continentes. Estas situaciones condicionan notablemente la actitud ante el mensaje cristiano. Las reservas frente al ideal de la verdad no tienen ya motivaciones teóricas, sino históricas. Quienes se encuentran en esas situaciones no ven el mensaje cristiano como si de un discurso teórico se tratara, objeto de mera curiosidad intelectual. Para ellos o se trata de un mensaje de vida y liberación, o no tiene credibilidad ni sentido. La reflexión teológica, y cualquier reflexión, no puede hacerse adecuadamente sin tomar en consideración estas situaciones históricas.

Nada tiene pues de extraño la orientación que ha tomado la reflexión teológica en las áreas geopolíticas en las que estas situaciones son más frecuentes y dramáticas. Ni es de extrañar que los problemas de la justicia y la paz o de los derechos humanos hayan pasado en esos lugares al primer plano de la reflexión teológica. Están en juego los valores fundamentales predicados por la tradición cristiana: la vida, la comunión fraterna, la justicia, la solidaridad...

Por consiguiente, ni la teología ni la evangelización pueden ser creíbles si no son al mismo tiempo un compromiso con la justicia, la paz y los derechos humanos. No se trata de una secularización de la teología, sino de una historificación de la misma. El mensaje cristiano se hace creíble cuando la comunidad cristiana hace opciones concretas y pone mediaciones históricas acordes con las exigencias del Evangelio de Jesús. El estudio dominicano no debe permanecer al margen de estas cuestiones fronterizas y de este compromiso con la justicia, la paz y los derechos humanos. La defensa de estos valores es un servicio obligado a la causa del Evangelio, que es la causa de la vida y de la justicia.

Sin embargo, es preciso trascender las descripciones empíricas de estas situaciones de frontera y entrar en un análisis científico de las estructuras e ideologías que las generan o sustentan. De ahí la necesidad de apelar hoy a las ciencias sociales como auxiliares imprescindibles de una reflexión teológica contextualizada.

De ahí también la necesidad de entrar en el debate ideológico. Este no es indiferente, ni mucho menos, a los procesos históricos. Todo sistema social, económico o político busca su legitimación ideológica. El estudio dominicano nos compromete en este debate en nombre de la defensa de la justicia y los derechos humanos.





Y la defensa de estos valores en la Orden no es asunto de especialistas en ciencias sociales o de expertos en militancia política. Es asunto de todos los dominicos, si desean ser fieles a su misión evangelizadora. Es exigencia de su vocación teológica.

### **Para la reflexión personal y en grupo**

#### ***Introducción***

El estudio es uno de los elementos configuradores de la vida dominicana y, como tal, está al servicio del carisma de la predicación. Por tanto hablar de estudio es hablar de una realidad que da forma al ser dominico/a; es un rasgo identitario o familiar.

Esto significa que el interés de la reunión en torno “al estudio” ha de ir dirigido a captar su sentido en los orígenes del carisma y a reconocer su actualidad en el contexto del siglo XXI.

#### ***Contextualización del tema***

a) Somos hijos de nuestro tiempo. Desde el hoy en el que vivimos captamos, comprendemos y razonamos. Cuando escuchamos la palabra estudio seguro que provoca una resonancia determinada. Es normal, asociamos esa realidad a la experiencia que tenemos o que compartimos con otras muchas personas.

El primer paso de nuestra reflexión en torno al estudio dominicano ha de ser trazar, en sus líneas básicas, el sentido que el estudio tiene para nosotros/as y para nuestros/as contemporáneos/as. Para ello estos guiones pueden ser útiles:

- relación estudio-búsqueda confiada de la verdad
- relación estudio-carrera profesional
- relación estudio-competitividad
- relación estudio-medio de subsistencia-economía
- relación emotividad-racionalidad
- relación estudio-pluralismo y relativismo de la verdad
- relación estudio-cultura
- relación estudio-élite

Se trataría de dialogar sobre estas relaciones que entretejen la “verdad” del estudio para saber qué suelo es el que pisamos.

b) Luego interesa tener muy presente cómo vive y concibe Domingo de Guzmán el estudio para realizar una confrontación entre su aportación y la visión contemporánea que hayamos dibujado.

*Para Domingo, el estudio es:*

- servicio facilitador y renovador de la predicación de la verdad
- formación doctrinal y conocimiento de la verdad sagrada (sobre todo de la Palabra)
- apertura a la verdad, venga de donde venga, porque si es verdad en último término proviene de

Dios

- actividad comunitaria, como la propia predicación (la comunidad estudia y predica)
- medio de ascesis, de disciplina y de esfuerzo en pos de la verdad
- oración y contemplación (ayuda a descubrir y nutrir el punto de vista de Dios sobre la humanidad y la realidad = la verdad)
- diálogo interdisciplinar (todos las áreas del conocimiento han de ser estudiadas e iluminadas por la búsqueda de Dios)
- formación constante de la persona y del predicador

Si esto es así, el estudio, en dominicano, no es titulitis ni intelectualismo elitista. El estudio es oración y evangelización.

c) En un tercer momento habría que comparar el sentido del estudio en Domingo de Guzmán con el sentido del estudio perfilado en el diálogo del punto a de este mismo apartado y establecer algunas conclusiones que orienten el estudio para el grupo concreto del MJD.



### ***Una reflexión a propósito de un hecho de la vida de Domingo de Guzmán***

Dicen que una imagen habla más que mil palabras. Una escena de la vida de Domingo de Guzmán puede contribuir a captar lo que significa el estudio dominicano.

Durante la estancia de Domingo en Palencia la hambruna se ensaña con las gentes. Domingo es estudiante de teología. En concreto se esfuerza por aprender la Escritura. Viendo la situación de la gente, “movido por la compasión y la misericordia”, decide vender sus libros y socorrer con la ganancia a los hambrientos. Su gesto tiene otros tantos seguidores. Domingo explica su actuación: “no quiero estudiar en pieles muertas mientras las personas mueren de hambre”.

Lo más sorprendente de este episodio es que fue considerado por algunos de los primeros seguidores de Domingo como un signo anticipador y anunciador de la futura Orden de Predicadores. Es la opinión, por ejemplo, de Esteban de Lombardía.

Hagamos de investigadores y tratemos de desentrañar la posible relación entre la venta de los libros de Domingo para socorrer a los hambrientos y el origen de la Orden de Predicadores. Y realizando esta pesquisa preguntémosnos cuál es la finalidad del estudio en Domingo de Guzmán y entre los dominicos/as.

### ***¿Qué aplicación concreta del tema del estudio puede hacer nuestro grupo del MJD?***

La finalidad última de este material es ayudar a la vida dominicana del grupo del MJD. De ahí que estas reflexiones han de servir, además de profundizar en las razones del estudio dominicano, para que el grupo confeccione su itinerario de formación.

Si el estudio dominicano es (como subraya Felicísimo Martínez) comunitario, teológico (estudio de la verdad revelada de Dios), dialogante e interdisciplinar y preocupado por las fronteras (los temas cruciales del momento en los que se juega la vida humana), el grupo tendría que llegar a establecer el ritmo formativo al que se compromete, los temas que ha de abordar (programación), la metodología y su conexión con la misión de la predicación hoy.

Para facilitar la confección de ese ritmo y de esa temática ofrecemos, para finalizar, una selección de textos dominicanos: “La misión de la Orden, una misión de fronteras, exige una cierta formación de nuestros hermanos y hermanas, para que podamos actuar con más seguridad en la realización de la misma. La formación trata de inculcar actitudes personales y comunitarias a través de una experiencia que incluye a la vez reflexión y práctica. Enumeramos algunas: 1) una total apertura a la verdad, dondequiera que se encuentre; 2) una profunda compasión hacia la gente; 3) ser hombres y mujeres en marcha (la itinerancia); 4) una intensificación del espíritu profético; 5) una profunda sensibilidad para con las diversas visiones de la realidad y 6) un trabajo comunitario. Recomendamos que durante el período de formación se lleven a cabo proyectos comunes a otras entidades de la FD” (1986, Ávila, 22).

“Nuestros serios esfuerzos de crecimiento como Familia Dominicana de miembros diversificados, contribuyen a la calidad de nuestra predicación en un mundo que todavía no ha descubierto cómo hombres y mujeres, laicos y clérigos, pueden formar comunidad. Por eso recomendamos: a) que los programas de Formación Institucional prevean el estudio y la enseñanza sobre el predominio masculino (patriarcado) y el sexismo, así como el significado del lenguaje inclusivo; b) que los frailes estén sensibilizados en estas cuestiones y que ello forme parte de su preparación a la predicación y c) en este mismo espíritu, téngase regularmente reuniones de frailes, hermanas y laicos sobre Escritura, la experiencia vivida y los acontecimientos del momento. Que el compartir la fe sea un punto prioritario de esta preparación fraterna a la predicación” (1989, Oakland, 57).

“...cada dominico debe aprender a ser un colaborador y desarrollar un estilo colegial de liderazgo. Como parte del programa de formación, el estudiante debe descubrir la naturaleza comunitaria del estudio dominicano y aprender las habilidades necesarias para el ministerio en equipo tanto de manera práctica como teórica” (1995, Caleruega, 101).

“Por lo tanto, nuestra formación debe liberarnos de los efectos debilitantes del individualismo contemporáneo y formarnos como frailes predicadores. Seremos verdaderamente más auténticos y



vigorous si osamos hacer esto. En algunas partes del mundo, que han estado más afectados por el individualismo, éste podría ser el gran desafío para vuestra generación: inventar y lanzar nuevos caminos para predicar juntos el Evangelio. Esto lo podéis hacer” (T. Radcliffe, *He visto al Señor*, 1999).